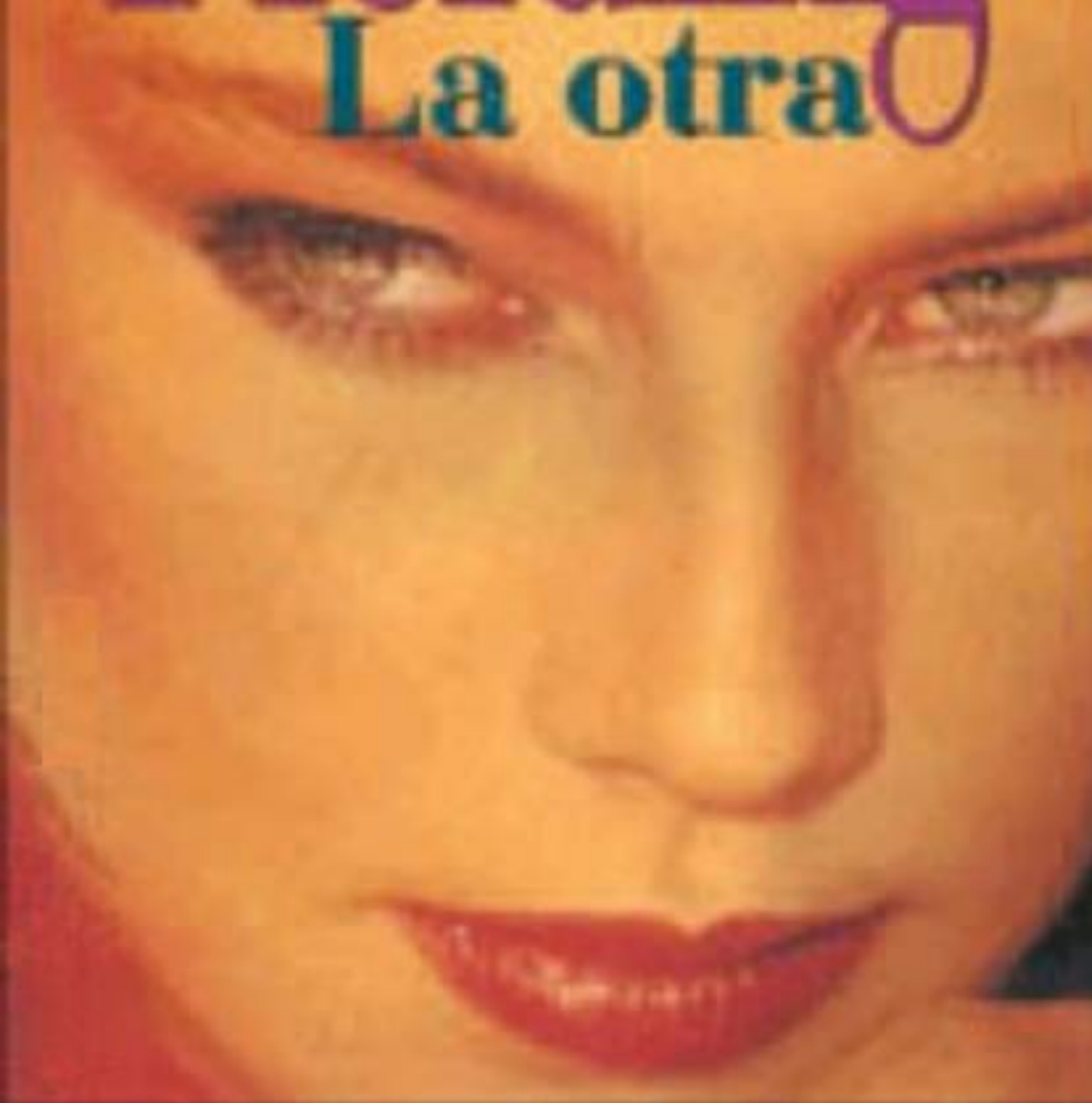


JOY

Fielding

La otra



«Hola, soy Nicole Clark. Yo me casaré con tu marido».

La joven mujer se quedó aturdida ante el mensaje que había recibido pero, cómo podría Jill salvar su matrimonio perfecto y a su atractivo marido de las garras de Nicole, que era más atractiva y más joven.

Lo más espantoso era que Jill sabía que David se podría dejar llevar. Ya lo había hecho ella misma. Jill había conseguido a David cuando ella era «la otra», y David estaba casado con otra mujer.

David era todavía un preciado premio: guapo, rico, exitoso e irresistible. Sí, Jill sabía lo que sentía una misma siendo amante de David. Tenía que evitar aquello...

Capítulo 1

—Disculpe, ¿la señora Plumley?

La muchacha era joven y bonita, tenía un busto exuberante y una voz sorprendentemente ronca. Jill Plumley, inquieta, se cambió de sitio, y los tacones de sus zapatos abrieron nuevos agujeros en la irregular ondulación del césped recién cortado. Ella había querido ponerse zapatos de tacón plano —al fin y al cabo, se trataba de una merienda al aire libre, aunque se celebrara en el lujoso club de campo de Rosedale—, pero David había insistido, diciendo que todas las demás esposas iban a vestir de ceremonia, y era cierto. Exceptuando aquella chica, que lucía una simple camiseta roja y unos desafiantes vaqueros, tensos sobre su joven trasero no menos desafiante. Por cierto, ¿quién sería su marido?

Jill esbozó una sonrisa, captando los ojos violeta y la impecable piel de la muchacha, hábilmente maquillada de forma que pareciera no llevar maquillaje alguno. Su turbación aumentó al percatarse de que estaba siendo objeto de una inspección similar. Se avergonzó de su cabello —siempre parecía sin peinar— y de su metro setenta y cinco de estatura. La muchacha tenía un sedoso cabello negro y un más razonable metro setenta de estatura, o eso calculó Jill, notando que sus hombros se hundían instintivamente para compensar la diferencia y sintiéndose desgarbada y demasiado voluminosa, como un toro en presencia de una muñeca de porcelana.

—¿Sí? —Era medio afirmación y medio pregunta—. Soy la señora Plumley; ¿qué desea? —Jill se sorprendió de lo

ronca que le sonaba la voz de repente.

El rostro de la muchacha se iluminó con una ancha y perfecta sonrisa.

—Soy Nicole Clark —dijo, tendiéndole la mano—. Voy a casarme con su marido.

Todo se paralizó. Como una película que se rompiera en plena proyección, la merienda anual del bufete Weatherby y Ross perdió la sincronía y su imagen desapareció de golpe.

Tenía un mal día. Lo supo en cuanto el estómago la catapultó desde la cama al cuarto de baño, antes de las siete de la mañana, rebelándose contra la cena de gambas de la noche anterior. David la había seguido con el pulverizador de Lysol y allí se habían quedado los dos, alternando las bascas con el spray, hasta que Jill recuperó el resuello suficiente para gritarle a David que, por favor, dejara de rociarla con aquel maldito pulverizador que la estaba mareando con su olor. Por su parte, él le deseó un feliz aniversario — el cuarto de su matrimonio— y regresó a la cama, dejando que ella se ocupase de despertar a los hijos del primer matrimonio de él y prepararles el desayuno. Ellos detestaban visitar a su madrastra. Por si fuera poco, Su Alteza Real, la primera señora Plumley, la había recibido en la puerta de la lujosa residencia anterior de David —con la mirada perdida en lontananza, como si ella no existiera—, y había pedido que David y Jill dieran de cenar a los niños, porque ella tenía una cita.

Un aniversario, un estómago revuelto, dos hijastros hostiles, la anterior mujer de su marido, y ahora aquello. Jill miró en silencio a la chica, a aquella Nicole Clark que la estaba mirando tan directa y cordialmente como si acabara de preguntarle qué hora era. Poco a poco, la escena que la rodeaba empezó a reaparecer, recuperando la forma y los colores e imponiendo su realidad al carácter absurdo de aquella situación. Se encontraba en medio de unos cien abogados, todos pertenecientes a uno de los más impor-

tantes y prestigiosos bufetes jurídicos de Chicago, acompañados de sus esposas e hijos. Era un día muy caluroso, de mediados de junio; su vestido veraniego se le pegaba a la espalda y a las axilas, sus zapatos blancos se hundían lentamente en la suave tierra que pisaba, y ella estaba hablando con una chica por lo menos diez años más joven, de piel perfecta y cabello que no se encrespaba con la humedad, la cual acababa de comunicarle que se iba a casar con su marido.

Tenía que ser una broma. Alguien —tal vez el propio David— había pedido a la chica que hiciera aquello a modo de broma de aniversario. Jill permitió que la boca se le distendiera en una amistosa sonrisa, sintiéndose un poco estúpida por haber tardado tanto en comprender lo que estaba ocurriendo.

—No es una broma —dijo la chica, intuyendo los pensamientos de Jill—. Hablo muy en serio.

La sonrisa de Jill se ensanchó todavía más. Aquella chica lo estaba haciendo muy bien, quienquiera que fuera. Tal vez se trataba de una actriz profesional, contratada especialmente para la ocasión. O quizá fuera cliente de David. La idea inquietó vagamente a Jill, induciéndola a recordar un lejano comentario de su madre y que ella le había planteado a David en el transcurso de su primer memorable encuentro. Entonces ella desempeñaba el papel de joven y dinámica productora de televisión y él era el presumido personaje a quien se pretendía entrevistar, un célebre abogado especializado en divorcios y probablemente el más soberbio representante de ciencia jurídica que ella había conocido. Sin apenas mover los ojos, observó sus atractivas facciones, su atlético cuerpo y su sencilla alianza de oro, y pensó en el cáustico comentario de su madre cuando su prima Ruth había empezado a salir con el divorciado abogado, especialista en divorcios, que se había encargado de los trámites de la separación de Ruth. ¿Es cierto —le había preguntado Jill a David hacía casi seis años, pensando que

ojalá los comentarios de su madre no fueran a menudo tan misteriosamente astutos— que los abogados especialistas en divorcios, que a su vez están divorciados, tontean con sus clientes? No puedo contestar a esa pregunta, había dicho él mientras esbozaba una leve y perversa sonrisa, nunca he estado divorciado. ¿Cuánto tiempo lleva casado?, le acosó ella, sabiendo que la pregunta era improcedente y no figuraba en sus notas. Quince años, contestó él con rostro súbitamente inexpresivo.

Jill seguía mirando con una sonrisa a Nicole, esperando que no fuera una cliente. Además, ya estaba un poco harta de la broma y deseaba que la chica, quienquiera que fuese, se largara con viento fresco.

—Me ha parecido correcto advertirla... —añadió Nicole, disponiéndose a decir algo más.

—Ya basta —dijo Jill, interrumpiéndola bruscamente y sorprendiendo a la chica y a sí misma con la súbita violencia de su tono, del que había desaparecido la suave ronquera anterior—. Bueno —añadió, ablandándose—, reconozco que me ha desconcertado un poco. Como broma no ha estado mal, y me voy a reír mucho cuando se la cuente a mis amigos...

—No es una broma —repitió la chica.

Jill apretó los labios. Su voz se convirtió en un susurro apenas audible sobre el estrépito de su corazón, cuyo bombeo le hacía latir la sangre en los oídos.

—Entonces será mejor que me deje en paz.

Jill enderezó el cuerpo en toda su estatura, echando los hombros hacia atrás como si acabaran de elegirla *Miss Arrogancia*, y miró a Nicole Clark de arriba a abajo. «No te tengo miedo —pensó—, no tengo miedo de ti ni de tu juventud ni de tus amenazas».

Nicole Clark se encogió de hombros con sonrisa imperturbable. Con lentitud deliberada, dio media vuelta y desapareció entre los elegantes invitados.

¿Dónde está David?, se preguntó de repente Jill, y se volvió con rapidez, percatándose de que el cuerpo le temblaba de indignación mientras buscaba afanosamente con la mirada, y comprendiendo que, a pesar de sus tranquilizadoras reflexiones anteriores, jamás, en sus treinta y cuatro años, había estado tan asustada. Los ojos se le contrajeron al descubrir a Nicole, que, abriéndose lánguido paso entre la gente y dirigiendo sosegadas sonrisas a quienes se cruzaban con ella, se encaminaba hacia algún lugar. ¿Adónde? Jill la observó con renovado interés.

—¡Jill Plumley! —La voz era masculina y denotaba urgencia. Jill volvió la cabeza a regañadientes—. Le he dicho a Harve que si alguien conoce la respuesta, ésa es Jill Plumley. Jill conoce todos los detalles.

Jill miró sonriente a Al Weatherby, el padre fundador de la firma, aunque ello resultara difícil de creer a la vista de su vigoroso cuerpo de muchacho y su ondulado cabello castaño, y desvió sutilmente la mirada hacia los invitados. No vio a Nicole.

—¿Quién era la chica que daba la réplica a Dick Benjamin en *La boda del joven corredor de bolsa*? —preguntó él, esbozando una amplia sonrisa—. He apostado cinco dólares con Harve Prescott a que tú sabes la respuesta.

Harve Prescott aguardaba ansiosamente a escasa distancia.

—Joanna Shimkus —contestó Jill con aire distraído.

—No, no la esposa. La otra... ya sabes, la otra mujer, aquélla tan llamativa que se tendía en la cama y se recogía la falda...

—Tiffany Boiling —contestó ella, notando que la multitud de invitados atraía su cuerpo como un imán.

—¡Exacto! —oyó decir a Al, a su espalda, mientras se alejaba—. ¡Eres tremenda! ¡Estaba seguro de que lo sabrías! ¿Lo has oído, Harve?

Mientras se perdía por entre los invitados, Jill abrigó la esperanza de no haberse mostrado excesivamente brusca.

Al Weatherby era algo más que el principal responsable de un próspero bufete jurídico y un hombre que había conseguido a pulso su prestigio a partir de sus humildes orígenes en el piso superior de una lavandería. Era también el hombre a quien su marido debía su rápido ascenso, el que había reconocido desde el principio las cualidades de David y le había incorporado a su exitosa firma, ayudándole, encauzándolo y convirtiéndose al mismo tiempo en un amigo personal. Incluso había enseñado a los dos circunspectos novatos a jugar al *bridge*, haciendo gala de su legendaria paciencia. Le oyó reír, se volvió a tiempo para captar su guiño travieso y comprendió que no tenía que preocuparse. Al Weatherby no era hombre que se ofendiera fácilmente. Sus pensamientos volvieron a centrarse en la muchacha de la camiseta roja.

Nicole Clark había desaparecido. A lo mejor se ha ido a casa, pensó Jill esperanzada, respirando hondo y dando media vuelta. Vio a Laurie, la hija de David, con expresión enfurruñada junto a la mesa de los postres, y a su hermano Jason, que se dignaba a participar con indiferencia en un improvisado juego del escondite con otros muchachos más animados. ¿Serían todos los adolescentes tan poco sociales como sus hijastros? Jill empezó a sonreír, y el imaginar a Elaine, la madre de los chicos, bregando con aquellos dos encantos la hizo sentirse mejor. El hermano menor de Laurie, aunque no había alcanzado todavía la adolescencia, tenía un molesto parecido con su madre y era casi insoportablemente tímido. Cuando los muchachos sonreían, sobre todo en presencia de Jill, solía coincidir con la noticia de que su madre iba a recurrir a los tribunales para solicitar un aumento de la asignación o de que estaba a punto de alfombrar de nuevo toda la casa con moqueta blanca porque se sentía deprimida desde que había regresado de sus vacaciones en Europa y necesitaba animarse. Para ser un hombre de tanto prestigio, no cabía duda de que a David le habían tomado el pelo en su propio divorcio. Los jueces

se mostraban siempre muy duros con los representantes de la profesión legal, le había explicado David, obviando diecisiete años de matrimonio, dos hijos y un número no revelado de relaciones ilícitas, incluidas las que había mantenido con ella.

Laurie la miró con una expresión tan cargada de desprecio, que Jill casi tuvo que admirar la habilidad de aquella huesuda muchacha, capaz de decirle con una mirada no sólo que seis años después aún era considerada una rompedorhogares, una intrusa, una forastera, un estorbo transitorio que sería desechado cuando su padre recuperara el juicio —en resumen, una basura—, sino que, además, era gilipollas, mema, pardilla y todos esos curiosos epítetos que utilizan los chicos de catorce años.

Yo no destruí el matrimonio de tus padres, trató de comunicarle con los ojos a la muchacha, recordando el selecto comentario de Elizabeth Taylor cuando Eddie Fisher abandonó a Debbie Reynolds con sus imperdibles para pañales y sus coletas: no se puede romper un matrimonio feliz. Laurie apartó la mirada de Jill. Ya, pensó, una chica de catorce años no se lo cree. ¿Se lo creyó acaso Debbie Reynolds?

Jason la rozó sin querer y machacó con el tacón del zapato los dedos desnudos de sus pies.

—Ah —dijo, reconociéndola—. P-perdón. ¿Te... te he hecho daño?

—No te preocupes —le contestó Jill, tratando discretamente de librar el pie derecho de la tierra que ahora lo cubría—, me queda otro. —Jason estaba a punto de echarse a llorar—. Descuida, es un viejo chiste —añadió, haciendo un esfuerzo por reírse—. Veamos, ¿lo estás pasando bien?

¿Por qué se lo había preguntado? Cualquier idiota hubiera adivinado la respuesta.

—Regular —contestó el niño muy despacio, para no tartamudear, un tartamudeo que, como Elaine se había apresurado a señalar, se había agudizado tras haber abandona-

do su padre el hogar, y que constituía para David un recuerdo constante de su fracaso como padre. Últimamente el chico había adquirido la costumbre de hablar más despacio, en un intento de superar su problema. Ojalá el sentimiento de culpabilidad de David se pudiera superar tan fácilmente, pensó Jill observando a Jason, que siempre parecía mayor de lo que era. Creyó oír a su madre: «Ahora eres tú el hombre de la casa, Jason».

Por un instante Jill sintió un impulso de abrazar al muchacho, pero la expresión de los ojos de Jason se endureció súbitamente y ella retrocedió mientras el chico se alejaba lentamente, reflejando en sus andares el creciente aburrimiento que le embargaba. Tal vez encontraría a su padre y le convencería de que abandonaran temprano la fiesta.

¿Dónde estaba David?

Jill le localizó al pie de un enorme sauce llorón —un decorado acertadamente dramático, pensó ella—, enfrascado en lo que, a pesar de la distancia, parecía una seria y, por tanto, probablemente larga conversación con uno de sus colegas, conversación que nadie se hubiera atrevido a interrumpir. El cuerpo se le relajó un poco y sus jugos gástricos intentaron regresar a su nivel normal, que nunca era bajo.

El simple hecho de mirarle la hizo sentirse bien. La gente siempre le decía que David se parecía a Robert Redford, pero, a pesar del cabello trigueño, que le caía con descuido sobre la frente, y de sus pálidos y perversos ojos verdes, ella lo consideraba una exageración. Lo que resultaba indudable es que se trataba de un hombre muy apuesto y, aunque careciera de la singular belleza que suele acompañar a una estrella cinematográfica, ¿qué importaba? Jill dudaba de que Robert Redford supiera distinguir entre una mujer para la vida pública y otra para la privada. Mientras pensaba a regañadientes en Nicole Clark, abrigó la esperanza de que David no hubiera perdido esa habilidad.

Desde luego, si lo miraba con imparcialidad, no tenía más remedio que reconocer que su marido y la otra hacían

una pareja estupenda. Se complementaban muy bien y estaban hechos con el mismo molde de perfección. Incluso el cabello negro de la otra combinaba con el rubio de su marido, acentuando el uno los rasgos del otro. Al diablo con la imparcialidad, pensó Jill, sacudiendo su propia melena rojiza, de la que varios mechones rebeldes se le pegaron rencoresamente a la espalda. En momentos más propicios solía pensar que guardaba cierto parecido con la cantante Carly Simon, pero, puesto que nadie se lo había comentado nunca, había llegado a la conclusión de que dicho parecido debía de ser bastante sutil. De todos modos, no importaba demasiado. *Ella* era la mujer con quien David se había casado... y, para hacerlo, había abandonado a una mujer convencionalmente atractiva. Por alguna razón, la idea de la infidelidad y el divorcio de su marido no la hizo sentirse mejor. Deseaba irse a casa. Si pudiera alegar que estaba indispueta... el estómago, el calor...

—¿Qué tal la vida universitaria?

La voz la sobresaltó y pegó un respingo mientras se volvía para mirar a Beth Weatherby, la mujer de Al y una de las pocas esposas de los compañeros de su marido con quienes simpatizaba ligeramente.

—Bien —mintió Jill, pero supo que Beth no la creía.

—Oh, vamos —se rió Beth, que tenía cuarenta y cinco años y era doce años más joven que su marido, hecho que asombraba a Jill: ¡saber lo que quieres a los dieciocho y seguir queriendo lo mismo casi treinta años después!—. He visto que Al trataba de acorralarte hace un rato —continuó Beth como si hubiera adivinado el súbito cambio operado en los pensamientos de Jill—. Es un hombre adulto pero sigue comportándose como un chiquillo. Ha pasado la mitad de la noche tratando de recordar detalles cinematográficos con que ponerte a prueba. —Jill se echó a reír—. Lo echas mucho de menos, ¿verdad? —preguntó Beth.

—Si echo de menos ¿qué? —dijo Jill, a pesar de que conocía ya la respuesta a su pregunta.

—La televisión.

—Sí —se limitó a contestar Jill mientras desviaba su atención ante la aparición de Nicole Clark, que se estaba abriendo paso hacia el lugar donde se encontraba David. Jill observó que su marido se apartaba un poco para permitirle participar en la charla.

—¿Quién es? —le preguntó a Beth Weatherby.

Beth se volvió hacia el enorme sauce llorón.

—¿La chica que está hablando con tu marido? No recuerdo cómo se llama, pero es nueva. Una de las estudiantes de derecho que trabajaban en verano en Weatherby y Ross, creo.

—¿Va a dedicarse a la abogacía?

—Al dice que está muy capacitada. Y que es muy lista. Por cierto, Al jamás había hecho tantos elogios de nadie desde que conoció a David y le pidió que se incorporara a la firma. Dice que tiene un futuro brillante. ¡Y encima resulta una beldad!

Jill notó que el estómago empezaba a revolvérsele.

—Perdona, no me encuentro muy bien.

Se retiró a un rincón solitario. Notó que los tacones se hundían en la tierra y la dejaban clavada. Beth Weatherby se acercó y sacó de su bolso amarillo, de paja, unas tabletas blancas.

—Antiácido —explicó antes de que Jill pudiera preguntar—. Tómame un par.

Jill se llevó dos tabletas a la boca.

—Másticalas.

Jill lo hizo. Su rostro reflejaba un creciente desagrado.

—Lo sé, son terribles. Saben a tiza. Pero son eficaces. Ya ni recuerdo los años que llevo tomándolas. Úlceras —aclaró.

—¿Tienes úlceras? —preguntó Jill, sorprendida.

—Gajes del oficio —contestó Beth, sonriendo—. Esposa de abogado.

Por no hablar de los tres hijos que había criado, pensó Jill, recordando lo que le contara David recientemente del menor de ellos, un chico de diecisiete años que había abandonado los estudios para unirse a la secta de los *Hare Krishna*. Mientras se lo contaba, David le había dicho que mataría a su propio hijo en caso de que se le ocurriera cometer una locura semejante.

—Toma, esto te hará sentirte mejor —anunció Beth, sacando del bolso lo que Jill suponía otra pastilla y depositándola en su mano tendida. Pero no era una pastilla, sino un sencillo sobre blanco en el que figuraba su nombre, escrito con la peculiar caligrafía de Beth Weatherby—. He pensado que te interesaría —agregó Beth, dirigiéndole una taimada sonrisa mientras se alejaba para reunirse con un grupo de otras esposas.

Como una ameba tragando una presa, pensó Jill mientras Beth desaparecía prácticamente de su vista. Dirigió su atención al sobre.

La carta iba al grano y había sido pulcramente mecanografiada. Sólo su nombre había sido escrito a mano. La leyó rápidamente, y después la releyó.

Querida Jill:

¿Te aburres en la cama? ¿Estás cansada de despertarte todas las mañanas y encontrarte con el mismo catálogo de ronquidos, olores y quejas? ¿Añoras la emoción de los tiempos pasados, cuando su corazón era más grande que su calva?

Sabemos lo que sientes. Nosotras sentimos lo mismo. Por eso hemos elaborado un plan. Envía simplemente a tu marido al primer nombre de la lista de abajo, tacha el nombre de la lista y añade tu propio nombre al final. Después haz copias de esta carta y envíalas a cinco de tus amigas. Dentro de seis meses, recibirás miles de maridos.

Pero ten cuidado... ¡NO DEBES INTERRUMPIR LA CADENA! Hace dos años Barbie Feldma interrumpió la cadena, y no sólo ha tenido que quedarse con el viejo y pobre Freddie desde entonces, sino que además ¡se le estropeó el microondas y fue violada por el hombre del servicio técnico! ¡No queremos que eso te ocurra a ti!

¿Por qué correr el riesgo de sufrir una desgracia? Vamos... es mucho mejor que planchar camisas. Envía a tu marido y añade tu nombre. Y después hazles un favor a cinco amigas. ¡NO INTERRUMPAS LA CADENA!

Seguía a continuación una lista de cinco nombres, el último de los cuales era el de Beth Weatherby.

Se echó a reír e instantáneamente se sintió mejor. Menuda era Beth para aquellas cosas, pensó, dirigiendo la mirada hacia el sauce llorón. Al ver a su marido conversando a solas con Nicole, frunció el entrecejo.

Les observó mientras hablaban, ajenos a su atención. David parecía sosegado y feliz. A pesar de la distancia, Jill alcanzó a distinguir el pícaro parpadeo de sus ojos. De repente, él echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada a causa, sin duda, de algún comentario agudo de Nicole Clark. Los ojos de David se encontraron con los de Jill. Esbozó una cordial sonrisa, levantando el vaso de vino en su dirección para brindar por su esposa. Luego inclinó la cabeza hacia Nicole, a quien murmuró algo. La chica asintió. Los ojos de Jill se desplazaron hacia Nicole, la cual captó su mirada y se la devolvió, levantando su vaso en un brindis exactamente igual que el de David. Sus labios se movieron.

—Feliz aniversario —dijo.

Capítulo 2

Las oficinas de Weatherby y Ross ocupaban dos plantas del Centro John Hancock, de 94 pisos, y eran todo lo que un decorador de Hollywood hubiera podido imaginar: mu­llidas alfombras color *beige*, paredes tapizadas de ante color caramelo y cubiertas de modernas litografías y tapices, y pasillos que serpenteaban en todas direcciones, deteniéndose en correspondencia con enormes despachos, de ventanales del suelo al techo, con vistas en consonancia con el rango y categoría de sus distintos ocupantes.

El despacho de David Plumley estaba situado algo más allá de la amplia escalera circular interior y casi enfrente de la sala de juntas, al otro lado del pasillo. La vista —desde la planta 58— era espectacular. El despacho, en cambio, estaba muy desordenado.

A Jill Listerwoll la habían hecho pasar amablemente y le habían dicho que David Plumley la recibiría enseguida. De eso ya hacía casi veinte minutos, pero a Jill no le importaba, porque aprovechaba la espera para repasar las notas y la información obtenida de los abogados a los que ya había entrevistado. De todos los despachos que había visitado aquella tarde, aquél era sin duda el más desorganizado. Jamás había visto documentos y textos legales esparcidos por doquier y de forma tan caótica. El gran escritorio de roble estaba atestado de papeles; y las estanterías, de libros. Incluso el espacio destinado a las visitas —dos sillones a rayas azules y verdes alrededor de una mesa de cristal redonda— aparecía repleto de documentos legales, y montañas de papeles crecían como la hiedra desde la base de las pa-